

Investigación y activismo en la década de la indignación

MIGUEL ÁNGEL REYES BARRERA*

Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia

Pleyers, Geoffrey. *Movimientos sociales en el siglo XXI: perspectivas y herramientas analíticas*. Buenos Aires: CLACSO, 2018. 230 páginas.

Geoffrey Pleyers, sociólogo belga doctorado en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París, profesor en la Universidad Católica de Lovaina e investigador del Fondo Belga para la Investigación Científica, además de contar con un largo historial de intercambios intelectuales y de trabajo de campo en América Latina y otras regiones del planeta allende a Europa y Norteamérica, presenta en el libro *Movimientos sociales en el siglo XXI* una serie de textos que constituyen el primer acercamiento extensivo, en español, a su obra. Varios de ellos fueron previamente publicados en revistas y libros en Latinoamérica, e igualmente otros son versiones de otros escritos; en esta medida pueden resultar, para el lector, reiterativos en sus reflexiones¹. En ellos, esta vez gracias a la

1. Ulteriormente, al momento de hablar sobre el contenido de cada capítulo, intentaré en la medida de lo posible no repetir en la reseña las temáticas y posturas de Pleyers cuando estas son compartidas entre los capítulos del libro. De la misma manera, me extenderé más en la reseña del primer capítulo por cuanto en este se hallan coaguladas las reflexiones y temáticas que conforman el “espíritu” del libro.

* e-mail: mareyesb@unal.edu.co

CÓMO CITAR: Reyes Barrera, Miguel Ángel. “Investigación y activismo en la década de la indignación (reseña)”. *Desde el Jardín de Freud* 21 (2021): 520-527, doi: 10.15446/djf.n21.101278.

© Obra plástica: Lesivo Bestial

labor editorial de CLACSO, se da una perspectiva tanto de los resultados como de las sendas seguidas por Pleyers en la que probablemente sea la principal preocupación en su carrera intelectual: el estudio de los movimientos sociales, en especial sus especificidades contemporáneas.

A los textos de Pleyers se añan un prefacio de Boaventura De Sousa Santos y un posfacio de Breno Bringel. El primero resalta la importancia del enfoque del sociólogo belga para debatir con las epistemologías eurocéntricas y la relevancia analítica de las temáticas, puestas sobre la mesa por Pleyers, en un mundo cada vez más dominado por el odio y el llamado a la violencia. El segundo, aparte de introducir brevemente a la obra de Pleyers que estudia lo que el propio sociólogo belga llama “movimiento altermundialista”, el movimiento que propende por “otro mundo” en contestación al neoliberalismo, destaca dos repercusiones históricas que aumentan la valía de los textos del libro: 1) el movimiento altermundialista ha desembocado en lo que Pleyers llama “cultura alter-activista”, en nuevas formas de activismo centradas en la experiencia vivida, la subjetividad y la ética en el corazón del compromiso político; razón por la cual el estudio de los movimientos sociales ha de centrarse en ello; y 2) en la medida en que estos movimientos no han logrado contestar hechos que han denunciado y anunciado, como la crisis del 2008, Bringel destaca que sus protestas se han vuelto sobre todo defensivas (contra desmontes, privatizaciones, etc.),

resalta el desgaste y su descentralización llevada al punto de la fragmentación, lo cual permitiría divisar que se ha ido de la era del “otro mundo es posible” a la era de la indignación.

En la introducción, el propio Pleyers nos habla sobre lo que podemos entender como sus motivaciones para los escritos: marcada por el inicio de una nueva era de los movimientos sociales en la década del 2010, que se vislumbra incluso en que la revista *Times* en el 2011 nombró a un manifestante como persona del año, esa nueva época llegó también con una nueva forma de activismo que toca las fibras más íntimas de las personas en su activismo político. Esta forma nueva es la ya mencionada cultura alter-activista que busca transformar a la sociedad a la par que transforma a la persona que lo hace. Obviamente, todo enmarcado en un contexto histórico: la irrupción de Internet y las redes sociales, las tensiones entre lo nacional, lo global y lo local, generadas por la globalización, el capitalismo financiero, el modelo neoliberal, etc. Por ello, Pleyers se enfoca en la última década y en estas específicas formas de activismo, en un ánimo que se plantea como una variación de la conocida tesis de Marx sobre Feuerbach: con estos textos el sociólogo belga intenta “entender el mundo para transformarlo”. Sin más presentaciones, ahora pasemos directamente a reseñar cada capítulo del libro.

En la primera parte del libro, llamada “Movimientos sociales”, Pleyers desarrolla su postura analítica para los actuales movimientos sociales a través de los cuestionamientos político-teóricos tradicionales a estos (su novedad, raíces, compromisos, contexto, etc.), sin olvidar los frutos de las experiencias de activismo a las que se refiere, no solo en términos de impacto sobre la institucionalidad sino igualmente culturales. Para iniciar, el capítulo 1, “Movimientos sociales en la década de 2010”, intenta caracterizar los movimientos sociales de la última década a partir de ciertas preguntas y de las limitaciones de la óptica sociológica con que comúnmente son vistos. La primera de ellas es su novedad, respecto a la cual Pleyers nos advierte de no caer en esta trampa analítica: todo movimiento tiene antecedentes, lo cual no lo hace una

simple reproducción; de la misma forma nos conmina a no considerarlos bajo la categoría de los “nuevos movimientos sociales”², pues los movimientos altermundialistas han retomado las reivindicaciones redistributivas, económicas, etc., dándoles tanta importancia como a las culturales.

La segunda pregunta se refiere a si son nacionales o globales, donde aclara que lo global de estos no se refiere a una organización planetaria, sino a la resonancia de valores, reivindicaciones e indignación entre movimientos, esparcida gracias al contexto: las redes sociales y la Internet permiten esa circulación sobre todo porque su mayor cantidad de usuarios pertenecen a la llamada “juventud madura”, edad iniciada desde el comienzo de los estudios universitarios hasta la inserción plena en la vida adulta, y en la cual hay mayor disponibilidad para las experiencias activistas que pueden marcar de por vida la personalidad, así como esta edad es la más afectada por la creciente precarización y crisis económicas. Frente a esto, cabe aclarar que se debe matizar el punto de vista que los ve como movimientos de Facebook, puesto que la acción y el espacio virtual no han reemplazado la ocupación de plazas públicas, o sea, el mundo real; tampoco han creado movimientos globales, y ni siquiera Internet se volvió el supuesto espacio de relaciones horizontales que debería ser e ineluctablemente permearía el mundo real —según ciertos teóricos—; empero las redes sí han potenciado el valor dado en el activismo a la expresión.

El siguiente interrogante trata la individualización del activismo: ¿es el triunfo de los valores [neo]liberales? Pleyers opta por decir que es el producto de una nueva sociabilidad y que no es positivo ni negativo; es la correspondencia a la reticencia en las organizaciones, la valorización de la subjetividad, reflexividad, experiencia y coherencia entre acciones y

2. Aquellos nacidos en la denominada “sociedad posindustrial” de la segunda mitad del siglo xx, enfocados en reivindicaciones culturales y subjetivas; separándose de la militancia tradicional hasta ese entonces en el capitalismo: la dada en torno al trabajo y la militancia en una organización, cuyo ejemplo más conocido es el sindicalismo.

valores, dada en el activismo actual. El último cuestionamiento es por la relación de estos con la democracia. El autor destaca que no es reducida al proceso electoral, no es vista como una demanda a las instituciones sino un pedido personal, no se piensa en la toma del poder para cambiar el mundo o en estrategias de contrapoder que impidan el control político-empresarial de la vida, sino en la creación de espacios regidos por un código alterno al mercantil. Esto no ha sido motivo para no ver en el Estado un campo político de lucha que no debe dejarse en manos del enemigo, lo que lleva a participar en la disputa [electoral] por la institucionalidad, a la par que se pretende superar la democracia representativa. No obstante, el sociólogo belga no termina el capítulo sin recordarnos que a esta esperanzadora explosión se le respondió con violencia, represión, difamación y desapariciones forzadas, las cuales no se deben al uso excesivo de la fuerza o el entrenamiento deficiente de las fuerzas armadas; estas han sido orquestadas desde los niveles gubernamentales más altos. Respuesta represiva que ha dejado impunidad, una indiferencia social demasiado parecida al olvido y la pregunta por la posibilidad de supervivencia que tiene la esperanza nacida de estos movimientos en un mundo gobernado por la guerra y que retorna a las ideologías nacionalistas y bélicas.

El capítulo 2, “Volverse actores. Dos vías de activismo en el siglo XXI”, examina las dos vías para hacerse actores cuando la toma del poder para cambiar la sociedad desde el Estado parece una táctica fallida para la actual era de la “desideologización”. La primera es la vía de la razón, enfocada en argumentar en una línea científica la irracionalidad del neoliberalismo, ejerciendo una labor de control y monitoreo en la sociedad actual cuya “meta” es el reconectar la economía —funcional a nivel global— con lo social, político y cultural —operantes aún a nivel nacional—, destacando por su ánimo antitecnocrático; sin embargo, tiende a chocar con las iniciativas de ampliación de la participación de base, ya que los debates que maneja, a pesar de dar información para denuncias y argumentos, se dan entre unos pocos expertos. La

segunda es la vía de la subjetividad, en la que se busca hacer de los individuos y comunidades actores de su propia vida mediante la experimentación, la cual convierte al activismo en un acto prefigurativo y performativo del “otro mundo”, mientras se defiende la experiencia vivida de su manipulación mediante la información y las necesidades; todo enmarcado en una profunda fe en que el cambio de vida llevará al cambio del mundo y, por ende, tendiendo a centrarse en la acción a nivel local.

El capítulo 3, “La vía de la subjetividad: experiencia vivida, autonomía y creatividad”, profundiza esta segunda senda, destacando la inspiración zapatista en esta (especialmente en lo referente a la centralidad de la dignidad y autonomía) y las experiencias de los campamentos, donde surge una perspectiva que coloca el cambio social del lado de las personas en su vida cotidiana y no del de los políticos. Resalta el que estos activistas divisan a los oprimidos no como un mero grupo de personas sino que como un grupo enfocado desde los rasgos de cada individuo (personalidad, sexualidad, etc.), por lo que pretenden alejarse del capitalismo generalmente por medio de una [efímera] reconquista de espacios y territorios (y los más radicales mediante la destrucción, igual de evanescente, de todo símbolo del capitalismo); forjando con ello un ambiente en el cual sea posible volver a conocer a los vecinos en un contexto distinto al estar en pijama y en pánico porque un “algo” se está metiendo a los conjuntos. En otras palabras, al borrarse la frontera entre activismo y vida cotidiana, las relaciones interpersonales son primordiales de nuevo al contraponer a la jaula de hierro weberiana la alegría, a la militancia tradicional la creatividad e innovación, por lo que intentan evitar la mediación, ya que la experiencia vivida no puede delegarse. Empero, en este último empiezan a emerger los límites: suelen desgastarse en la organización interna para ser lo más democráticos posible, dejando de ser cualquier tipo de óbice para quienes dominan por la falta de exteriorización de sus prácticas. El sociólogo acaba advirtiendo de forma somera sobre ciertos errores de el estudio y el activismo: romantizarlos,

no tener en cuenta la despolitización en que caen en su intento de alejarse de la ideología e instituciones, etc.

En el capítulo 4, “De Facebook a las plazas: activismo e Internet en la década 2010”, Pleyers explora la relación entre el mundo virtual y la movilización en las calles. Invita a los investigadores a superar la dicotomía entre la movilización *offline* y *online*, pues solo enmascara la separación entre vida política y privada, la cual pretenden del mismo modo dejar atrás los activistas al remarcar que no es menester sacrificar la vida privada por el interés general para poder militar. En esta línea, Pleyers incita a tener en cuenta que en regímenes autoritarios la Internet es un espacio relativamente seguro para la expresión, y, aún más, incluso en las “democracias” permite articular descontentos que antes no hallaban la manera de hacerlo. Empero, esto no quiere decir un desligamiento del territorio: por un lado del triángulo, los activistas de las plazas buscan diferenciarse de quienes comparten y dan *like* a la causa en Facebook; por parte del segundo, las causas que articulan las redes tienden a ser locales o nacionales, siendo los foros mundiales *online* propios de un pequeño grupo “cosmopolita”; y, por el lado final, nunca hay que pasar por alto la presencia estatal en la *web* y su posibilidad de control de esta (como acaece en China). Finalmente, y aunque la Internet haya hecho difusa la ruptura entre medios masivos y alternativos al darles la posibilidad de retroalimentación, esto no quiere decir que se haya suspendido la batalla por la información de los movimientos sociales para impedir la colusión entre las élites económicas, políticas y mediáticas.

En el capítulo 5, “Los movimientos sociales como productores de la sociedad”, el autor evalúa si los movimientos sociales son hoy los productores de la sociedad —como dijo Touraine—. De un lado, enfatiza las limitaciones epistemológicas de la perspectiva dominante que soslaya los impactos culturales y se embota en los institucionales. Pero, del mismo modo, conmina a tomar como movimientos sociales a los conservadores y defensores del capitalismo global financiero, puesto que estos también tienen ideología, proyecto político,

movilización de recursos, etc., de la misma forma que los tienen los movimientos progresistas, e incluso cuentan con un par de recursos más: la represión y la movilización de *lobbies* empresariales. Por último, así como no se deben subestimar las estructuras y procesos sociales, pues lleva a sobrestimar al progresismo, tampoco hay que pasar por alto lo borrosa que se ha hecho la frontera entre reaccionarios y progresistas: no solo imitan argumentos y métodos uno del otro, sino que llegan a movilizarse juntos por una causa.

Con esto termina la primera parte y se pasa a la segunda, “Otras globalizaciones”, donde el sociólogo muestra las transformaciones realizadas a la mundialización por los movimientos sociales mientras se inscribían en ella. El capítulo 6, “¿Internacionalización sin institucionalización? La experiencia del Foro Social Mundial”, narra la experiencia del Foro Social Mundial (FSM), señalando que en vez del proceso de institucionalización (marcado internamente por la ley de hierro de Michels³ y externamente por el acoplamiento a la institucionalidad), el cual suele hacer perder la postura crítica y la participación de las bases, el FSM ha seguido un camino hacia una descentralización que privilegie la actuación de las bases. Así, desde los comienzos del FSM, cuando el grueso de la gente quedaba limitada a una platea pasiva para escuchar intelectuales, el Foro ha optado por paneles pequeños donde todos los participantes pueden ser activos y el protagonismo de la intelectualidad ha disminuido. Sin embargo, por otra parte, la visibilidad de estos pequeños paneles depende más de los recursos financieros que los soportan que de los temas tocados allí, por lo que la comercialización y privatización se ha vuelto un riesgo para el activismo en estos. Finalmente, es destacable que en el proceso de internacionalización los activistas han aprendido que no se requiere de las ONG para ello, al levantar sus quejas incluso contra ellas, ya que sienten que en muchos casos estas solo los instrumentalizan para asegurar contratos y

3. La cual se puede resumir en su sentido más lato así: toda organización deviene en una oligarquía.

recursos, e impiden la participación de los locales, por lo cual el “hablar por nosotros mismos” es cada vez más el principio rector de estas colectividades.

En el capítulo 7, “Para una sociología global de los movimientos sociales”, se reiteran muchos de los puntos y temas ya tratados, en especial lo referente a la no reducción de la democracia a elecciones. No obstante, toda la repetición está enmarcada en el llamamiento a una “renovación” de la epistemología sociológica. Inicialmente, Pleyers llama a no deslindar teoría y trabajo empírico ni a desconectar el estudio de los movimientos sociales de una teoría de la sociedad, en aras de evitar la hiperespecialización en que ha caído la academia europea y norteamericana, aunque igualmente para sanear en lo posible el avasallamiento de la realidad (y el activismo) sobre la creatividad de los sociólogos para explicarla. Al respecto, optar por una *sociología global* sería conveniente: dejar el embotamiento en lo nacional y conectarlo con lo local y global, apoyarse en las denominadas —por De Sousa Santos— epistemologías del Sur que revitalizan las experiencias alternativas de “otro mundo” que suelen desdeñarse por efímeras y aisladas, además de poner en tela de juicio el contenido de conceptos difundidos en Occidente —como el de felicidad, a través de posturas como el “buen vivir”—.

La tercera parte, “Frentes de lucha en América Latina”, toca las experiencias de movilización social en México, y en menor grado en Latinoamérica en general. El capítulo 8, “Cuatro frentes de lucha en América Latina”, indica los actores más dinámicos de las luchas latinoamericanas según el autor. El primero son los campesinos e indígenas quienes, en su lucha por la defensa del territorio local y la naturaleza contra el extractivismo, intentan modelos democráticos alternativos mostrando que los movimientos sociales no son solo protesta, como creen los principales enfoques sobre estos. Sus luchas por la seguridad alimentaria y contra el cambio climático los han transformado de residuos de la premodernidad —como tienden a ser vistos— a ser inspiración de quienes luchan a

lo largo del mundo. Respecto al segundo actor —quienes propenden por mayor democratización—, reitera sus puntos sobre la batalla por la información y contra la colusión entre élites políticas, económicas y mediáticas, y acerca del rol de la Internet y las redes sociales en todo esto. El tercero son las luchas contra la privatización de la educación y la dignificación de la labor pedagógica. El último son los demandantes de justicia y paz en el marco de ejecuciones por el aparato estatal y la colusión de estos con agentes extraestatales, que por ende quedan impunes en medio de esta organización de la violencia por el mismo Estado y los medios.

El capítulo 9, “Frente a la violencia en México”, relata la profundización de la violencia en México desde el inicio del gobierno de Felipe Calderón, que sirvió como pretexto para impulsar la militarización. Para ello, explica someramente el esquema de la seguridad humana de Mary Kaldor: a razón de las “nuevas guerras”⁴ de hoy en día, a que estas optan por un esquema de combate prolongado, se hace justificable por el Estado el uso de los medios de guerra tradicionales hacia su propio territorio, lo cual produce aumentos en las violaciones impunes a la dignidad de las personas y sus derechos. Debido a esto, dice la politóloga británica, se debe reenfocar el concepto de seguridad del Estado hacia la sociedad civil, teniendo en cuenta las condiciones sociales, económicas, jurídicas, etc., que provocan inseguridad en las personas y crean ambientes propicios para la expansión de la violencia bélica. El resto del capítulo narra las experiencias de resistencia a la violencia en México, en las que las víctimas intentan retomar su rol de actor social y dejar de ser solamente víctimas, sobre todo por medio de lo que anteriormente se denominó como “vía de la subjetividad” en las formas de los movimientos sociales.

El capítulo 10, “México: movimientos y resistencias”, escrito con Manuel Garza Zepeda, parte de la crisis estructural

4. Aquellas en las que intervienen varios tipos de actores y no solo estatales, como en las tradicionales.

mexicana⁵ para exponer qué sucede en dicho país con los esfuerzos activistas en un clima que pareciera dominado por el conformismo. Lo primero que Pleyers señala es el menester de buscar algo a razón de transformaciones estructurales como la irrupción de la Internet en el país y la “estructuralización” de la violencia, que han conllevado en las comunidades fenómenos como la creación de autodefensas contra el Estado y los carteles y la realización del activismo de modos distintos a los tradicionalmente conocidos. Lo segundo para tener en cuenta es el cuestionamiento al horizonte de la emancipación, ya que, de un lado, se ha perdido la democratización como el destino que aguardaba en la lontananza, y, del otro, la resistencia a nivel local se halla en discusión sobre cómo articular unas con otras en la medida en que dicha resistencia local ha mostrado no ser suficiente contra la violencia.

La cuarta y última parte, “Sociólogos de la emancipación”, expone la lectura que hace Pleyers de François Houtard y Alain Touraine. El capítulo 11, “La sociología de Alain Touraine”, se enfoca en el famoso sociólogo francés Alain Touraine. Haciendo un recorrido sobre los principales puntos tocados por el francés en su vida política e investigativa, Pleyers presenta una síntesis que puede resultar bastante atractiva para introducir a quienes no han profundizado o no conocen el pensamiento de Touraine. Destaca la especificidad de este frente a la sociología, por ejemplo, su afirmación del actor, la historicidad, el sujeto, etc., en contra de los conceptos de agente, reproducción y demás, popularizados hoy en día por el funcionalismo y la teoría sistémica. Para ello enfatiza en cómo el trabajo de Touraine da cuenta de la transformación desde una sociedad industrial hacia una “posindustrial”, con el transcurso de la centralidad del pensamiento político en la temprana modernidad ilustrada, pasando por la del económico

5. Aumento de la violencia, crisis del modelo económico en que pensaba sostenerse, colusión entre élites económicas, políticas y mediáticas —y del Estado con los carteles—, la desilusión en la que acaban los diálogos de los movimientos sociales con el gobierno, etc.

tras la Revolución industrial, hasta la actual del cultural en el mundo post-Mayo del 68. Con esto consigue captar los modos en que este par de cambios se han sentido en los movimientos sociales, la sociedad misma y los individuos, sin obviar el francés las limitaciones de dichas novedades.

Finalmente, el capítulo 12, “François Houtart. Una sociología de la liberación”, habla sobre el sociólogo también belga, sacerdote católico y una de las figuras relevantes de la teología de la liberación, François Houtart. Al igual que el texto precedente, constituye una aproximación algo seductora a un pensamiento, aunque esta vez más centrada en el recorrido militante que en lo teórico. Pleyers enfatiza el rol dado por el sacerdote a las relaciones sociales (quien, a partir del marxismo, postula el capitalismo como una relación social que somete a humanos y naturaleza a la acumulación), y el papel precursor de este en las epistemologías del Sur al enfocarse, medio siglo antes de la publicación de De Sousa, en la visión del mundo desde los oprimidos, no solo en los alrededores del sacerdote sino a nivel global. Esto lo cual lo llevó a relacionarse con el largo y ancho del planeta, y a preocuparse porque las luchas se hicieran cada vez más locales, a medida que las bases del capitalismo se sostenían a nivel global; frente a ello, propugnó durante toda su carrera por la unidad de las luchas, así como fue precursor en optar por la centralidad de las luchas ecologistas, campesinas y por los bienes comunes, y de la denuncia del capitalismo verde y la individualización de las soluciones ante problemas comunes y colectivos.

Por último, para acabar esta reseña, no sobra destacar algunos comentarios e impresiones acerca del libro en general. En cuanto esta reseña será leída en el marco de una revista de psicoanálisis, está de más anunciar que los posibles anudamientos del tema de los movimientos sociales y el psicoanálisis quedan en manos del lector. Pleyers está en diálogo directo con la sociología, y sus discusiones y esquemas epistemológicos y reflexivos en general provienen de dicha disciplina, siendo más amigable con los científicos sociales, por cuanto es más probable que estos estén informados de términos y debates

subyacentes en el libro como, por ejemplo, si se es actor o agente, si existe o no el sujeto, todo lo que tiene que decir el libro al funcionalismo y la teoría sistémica tan expandidas hoy en las ciencias sociales, o el valor de que el sociólogo belga opte por determinadas posturas que contemporáneamente no están en boga.

Ahora, respecto a las propuestas de Pleyers, iniciando por las referentes a las formas de investigación, ¿qué tan viables resultan en los países del tercer mundo donde el Sur con el que pretende hablar es mayoría? No hay que olvidar la continua desfinanciación a la cual están sometidas las ciencias sociales en estos países, donde se tiende a hacerlas dependientes de recursos estatales o privados, controlados por personas a quienes poco y nada les suelen importar estas posturas críticas (o que de tajo las impiden catalogándolas como no científicas al no ceñirse al positivismo). Así, y en tanto en cuanto la sociología global de Pleyers pide un extenso trabajo empírico en múltiples experiencias a lo largo del globo —y en la medida en que crítica a los análisis macro que lo hacen a punta de solo lecturas—, ¿qué vendríamos siendo los investigadores sociales nacidos y residentes en el Sur?, ¿trabajadores de campo esperando que nuestras investigaciones sean compiladas por un intelectual nacido y con soporte en el Norte, y por lo cual cuenta con los recursos para establecer redes internacionales que le permitan ir a hacer por él mismo o mediante las redes el trabajo empírico, y él sea quien promulgue lo que le podemos decir al mundo sobre él mismo (mientras nosotros nos enfocamos en teorías locales o nacionales que serían las únicas que permitirían el trabajo de campo de nuestras, por lo general, desfinanciadas investigaciones)?, ¿no va esto en contravía del espíritu del “hablar por no mismo”, del tipo de activismo que defiende al convertir la intelectualidad del Norte en intérprete del Sur? Optar por propuestas investigativas que pretenden solucionar las limitaciones y, a la vez, trabajar con ellas suele ser una ensoñación en países donde muchos, sino es que la mayoría, de científicos sociales ni siquiera llegan a ejercer su profesión y labor investigativa por la falta de empleo en estos campos.

Otro asunto a subrayar es la ausencia del estudio empírico de los grupos conservadores y defensores del capitalismo global que nombra Pleyers como parte importante a tener en cuenta. En general, se queda en las indicaciones que se hacen comúnmente sobre estos actores reaccionarios: la importancia de estudiarlos para no menospreciarlos; no obstante, al momento de ver las experiencias de estudio de caso, siguen enfocadas totalmente en los progresistas.

Finalmente, lo último que conviene cuestionar, sin entrar en discusiones teóricas y metodológicas que no caben en una reseña, es cierta tendencia a obviar las preguntas que ponen en duda qué tan contestatarios al sistema resultan a la larga estos movimientos contemporáneos. Por ejemplo, frente a la pregunta de si la individualización creciente del activismo es un triunfo de la actual cultura neoliberal, el autor la termina remitiendo a una nueva forma de socialización dada gracias al contexto presente; pero ¿no están vinculados esos cambios de socialización a los cambios culturales y, por ende, son reproducción de la cultura neoliberal?. En esta medida, ¿este activismo en sus “cambios de vida para cambiar la sociedad” rompe en realidad con el estilo de vida promovido por el capitalismo o reproduce su forma más actual pero para consumidores de izquierda? Este es un estudio que habría que emprender más a fondo, así como el de ciertas conductas exhibicionistas frente a la protesta permitidas por el hecho de que las redes sociales, y la posibilidad de laborar como *youtuber* o *influencer*, hayan llevado la sociedad del espectáculo hasta la vida privada⁶. O todavía más relevante,

6. Como ir a sacarse fotos en la marcha para poder subirlas a la red... Hay que tener en cuenta que el progresismo se ha convertido en el *Zeitgeist* de la época entre las generaciones más jóvenes (y en parte de la clase media), y, por ende, da cierto estatus social adscribirse a él, haciendo que por ello se sea mejor visto, con lo que se reduce el activismo a una moda cualquiera en varios casos. Así como habría que evaluar empíricamente la creencia de esta generación actual que divide la sociedad en jóvenes-progresistas y viejos-conservadores, igualmente hay que preguntarse ¿por qué esta generación tan progresista ha sido tan fácilmente engañada, en

¿qué sentido hay en las muestras de amor a la policía en las protestas?, ¿son el amor al enemigo en el sentido cristiano o son una muestra tácita de no conflictuar en realidad con el orden del que se quejan supuestamente?

lo electoral especialmente, por los *outsiders* y la Tercera Vía que solo ponen una sonrisa en los labios del capitalismo sin cambiarlo?, ¿por qué muchos de ellos se complacen ante los resultados de estos si no son el gran cambio social?

7. Un gran aporte en esta dirección, y que interesará particularmente a quienes espera uno como lectores de esta revista, aunque con diferencias respecto al “abrazar tombo” como suele decirse por acá en Colombia, es la otorgado por J.-A. Miller en un blog publicado hace algunos años bajo el título “*L’amour de la pólíce*”. La tesis del amor a la policía como amor narcisista presenta relevancia incluso fuera de Francia, por lo menos, por tres puntos: 1) a pesar de no contar con la amenaza del terrorismo para construir el enemigo interno, debido a la creciente inseguridad en las ciudades, los encargados de la represión interna se han convertido en sostén tácito de nuestras vidas —nos guste o no—; 2) ¿no han acabado desarrollando labores policiales quienes protestan por la vía de la subjetividad, usando el término de Pleyers, contra las otras formas de protesta, a veces con razones justificadas por la experiencia como el miedo de infiltración para desacreditarlas? Véase, por ejemplo, las reconvenciones por no usar la ‘e’ o la ‘x’ para ser inclusivos con el lenguaje, por tener reparos con la deconstrucción como método o sobre la efectividad de volver la protesta un mero carnaval sin sentido de lucha; esto por no dar ejemplos más directos como la “primera línea” de las pasadas protestas estudiantiles en Colombia que capturaban como buenos servidores del orden a quienes no se atuvieran a su modelo de protesta “pacífica” al hacer cosas como grafitear el transporte “público” —que es manejado por privados, y de público, aparte del nombre, tiene muy poco—. Y 3) por el hilo invisible que conecta a los manifestantes con las clases medias perjudicadas por las movilizaciones de estos protestantes. La imagen por lo común es esta: hijos de clase media estancan en sus carros o en el transporte público a otros de clase media con algo más de edad. Así puestas las cosas, los abrazos y las comidas con antimotines y policías que rematan estas jornadas de tanto en tanto, por lo menos para mí, dejan cierto aire de agradecimiento anticipado a quienes dispersarán a los revoltosos y en unos años los sacarán de su estancamiento en las calles, al permitirles volver a su vida de clase media, en la que, aparte de cierto hábito progresista, no quedará mucho del sentido que hoy los movió a protestar por unos instantes. Retomando, el nombrado blog de Miller se encuentra disponible, en francés e inglés, en: <https://www.lacan.com/actuality/lamour-de-la-police/>

Sin embargo, el libro tampoco tiene como fin un ahondamiento en todo lo referente a los movimientos sociales contemporáneos. Pleyers expone las particularidades a tener en cuenta en el estudio de estos. En líneas generales, constituye una introducción adecuada a la literatura sobre los movimientos sociales, que desde hace más o menos medio siglo ha continuado creciendo, y a la obra del mismo Pleyers para quien esté dispuesto a seguirla en idiomas distintos al español. Pero aún más importante, es un propicio camino para introducirse en un método de realización de los estudios sociales comprometido no solo con el saber sino con la creación de un mundo mejor para todos.

